

## ESPAÑA, LA MEDICINA RELIGIOSA Y LOS HOSPITALES

Por el doctor *M. Zúñiga Cisneros* \*.

España, lo mismo que todos los grandes países, ha conocido en su historia de éxitos y de fracasos. Vamos a dedicar unos párrafos al recuerdo de dos momentos de esa historia que son ejemplos de lo uno y de lo otro. Pero el fracaso de que hemos de hablar es en realidad una frustración. España es un país que abunda en frustraciones.

En la historia de la Medicina, bien conocido es el hecho de que durante la Edad Media nuestra ciencia tiene como voceros principales a los religiosos católicos romanos, especialmente a los religiosos regulares. Neuburger establece entre los períodos de la medicina medioeval el período de la *Medicina monástica*, que aproximadamente va desde el siglo IX hasta el XI. Si bien hoy está definitivamente establecido que en el sur y en el norte de Italia siempre hubo laicos que ejercieron con distinción la ciencia sanitaria, el hecho de una medicina practicada por religiosos tiene validez casi absoluta para Francia, la Europa central y las Islas británicas.

Por otra parte, esa Medicina religiosa está íntimamente relacionada con los conventos benedictinos, en particular con los fundados por los monjes irlandeses, escoceses e ingleses que

---

\* Profesor de Historia de la Medicina en la Universidad Central de Venezuela (Universidad de Caracas). Director de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina. Miembro de la Sociedad Internacional de Historia de la Medicina.

invadieron el Continente en una empresa de reconquista espiritual desde fines del siglo VI, y los cuales pasaron en fin de cuentas al gobierno y reglas benedictinas.

Sin embargo, y ésta es la cuestión sobre la cual yo deseo llamar la atención, mucho antes de que se produjera ese fenómeno de *reconquista espiritual* anglo-irlandesa, ya la Medicina religiosa había tenido un gran florecimiento en la España visigótica, que vino a ser la pionera histórica en la Europa occidental y en la alta Edad Media de ese tipo de medicina europea. En efecto, si es cierto que los benedictinos fueron impulsados al estudio y práctica de la medicina desde sus primeros tiempos por Casiodoro, que no por San Benito, y que fué este impulso del estadista y monje italiano lo que todavía germina entre los monjes insulares, hay que señalar la circunstancia de que el impulso inmediato no parece haber tenido mucho éxito en la propia Italia, ni siquiera en el propio Montecasino; o, al menos, no conoce el autor nombres ni escritos que sirvan de indicio para suponer que se estudió y se practicó la medicina en los primeros siglos de vida de la Orden y en Italia. A este respecto, conviene recordar que el más antiguo manuscrito médico de Montecasino, el Código 69, data, según los estudiosos, del siglo IX (1); y que son también del siglo IX las obras de Bertario, abad de Montecasino entre el 857 y el 884, titulados *De innumeris remediorum utilitatibus* y *De innumeris morbis*. Con anterioridad, Benito Crespo, que fué Arzobispo de Milán desde el 681 y murió entre el 725 y el 735, había dado a luz el *Comentarium Medicinale*, la obra médica religiosa alto medioeval más antigua al parecer entre los italianos.

Una de las primeras obras médicas inglesas de la alta Edad media es la *De minutione sanguinis* del venerable Beda, quien vivió entre el 673 y el 735. Como sabemos, Beda es una robusta personalidad que se ha hecho sentir en el *Renacimiento carolingio* por sus obras y sus discípulos.

Pero mucho antes de todos esos nombres y esas obras, en la España visigótica habían practicado, enseñado o escrito sobre medicina, o quizás todo a la vez, los Obispos de Mérida, Pablo y

---

(1) Giacosa, Piero: *Magistri salernitani nomdum editi*, pág. XXI. Fratelli Bocca, ed., Turín, 1901.

Masona, y el Obispo de Sevilla, Isidoro. La influencia visigótica fue al principio más bien perjudicial para la medicina, porque esos bárbaros germánicos vieron con desdén muchos aspectos de la cultura romana, la ciencia sanitaria entre ellos, y la sometieron a disposiciones muy severas, ultrajantes en verdad, como ésta de que el médico, antes de encargarse de la curación de sus enfermos, tenía que depositar fianza en dinero acorde con la naturaleza de la intervención y la categoría del cliente. Por contraste, en esa misma España visigótica se manifestó el fenómeno que había de ser salvador para la medicina científica antigua: su ejercicio por los religiosos. Y es nuestra creencia que el suceso tiene ocurrencia allí antes que en ninguna otra región de la Europa medioeval, al menos en una forma tan seriamente organizada.

Sabemos a ese respecto que en el siglo VI, el Obispo de Mérida (Emerita Augusta), Pablo o Paulo, quien gobernó la diócesis entre el 530 y el 560, practicó una cesárea en mujer primípara, de la que extrajo un feto muerto. Y este mismo Obispo nos dice que la Iglesia preparó médicos para aplicar (a los pobres y a los pacientes) las medicinas (2). Otro Obispo emeritense, el ilustre y combativo Masona (527-606), fundó, como es bien sabido, en la misma ciudad, un Hospital designado con el nombre griego de *xenodoquio*, hacia el año 580 (3). En cuanto a San Isidoro, el personaje más sabio de su tiempo, y quizás el fundamental eslabón entre la cultura antigua y la baja Edad Media, que nació en Sevilla el 560 y murió el 636, además de fundar y regular una Orden monástica, organizar y legislar para su diócesis, de intervenir en la política hispano-gótica, crear y organizar la enseñanza que hoy llamamos primaria y la su-

---

(2) Sobre los obispos Pablo y Masona, véase: Fray Enrique Flores: *España sagrada*, tomo XIII. Pablo, diácono de Mérida: *De Vitis et miraculis Patrum Emeritensis*. (Vida y milagros de los padres de Mérida).

(3) "Construyó (Masona) un xenodoquio, al que dotó de gran patrimonio, le asignó personal de servicio y médicos para que atendiesen a los viajeros y a los enfermos; le acordó un reglamento, que obligaba a visitar a los enfermos de la ciudad, fuesen siervos o libres, judíos o cristianos; y llevarlos en brazos al xenodoquio, en donde les proporcionaban jergones y lechos, delicados y convenientes alimentos, hasta cuando el Señor se sirviese devolverlos a su pristina salud". (De vitis et miraculis, etc.)

perior para formación del clero, en sus *Etimologías* dedica el libro IV íntegramente y parte de algunos otros, en particular el XI y el XII, a la Medicina y a lo relacionado con ella.

No es aquí el momento de presentar una figura tan ilustre, tan conocida y tan bien estudiada en sí misma y en su influencia fuera y dentro de España por escritores de renombre mundial; pero sí viene al caso recordar el alto concepto que le merecía nuestra ciencia (4).

En los párrafos del 1 al 5 del Capítulo XIII, libro IV (de Medicina), leemos:

“Preguntan algunos por qué la medicina no se enuncia entre las demás artes liberales; la razón es porque las artes liberales tratan de cosas singulares y la medicina las abarca todas. El médico debe saber *gramática*, para entender y exponer lo que lee.

Igualmente la *retórica*, para que pueda determinar con verdaderos argumentos los casos que trata. Lo mismo se dice de la *dialéctica*, para investigar, empleando el raciocinio, las causas de las enfermedades y poderlas curar. Debe saber *aritmética*, para tener presente el número de horas y períodos de tiempo en los abscesos.

Igualmente, debe conocer la *geometría*, para observar las cualidades de las regiones y lugares, en los cuales enseñe qué es lo que cada uno debe observar. Y aún la *música* no debe serle desconocida, pues son muchos los hombres que en sus enfermedades fueron curados por ella, como se lee en David, que libró a Saúl del espíritu inmundo por medio de la música. También Asclepiades devolvió la salud a cierto enfermo de frenesí igualmente por la música.

“Finalmente, también debe saber *astronomía*, por la cual se conoce la razón de los astros y mutación de los tiempos; pues como dicen algunos médicos, nuestros cuerpos reciben el influjo de estas variaciones.

---

(4) Sobre la copiosa literatura relacionada con San Isidoro bástenos citar dos obras, ricas en juicios y en información bibliográfica: *Etimologías*, versión castellana de Luis Cortés Góngora. Ed. *Biblioteca de autores cristianos*, Madrid, 1951. (De éstas son los párrafos isidorianos que reproducimos). *Historia de España*, de don Ramón Menéndez Pidal: Tomo III, (España Visigoda): III, Cap. II. Ed. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1940.

“De aquí que la medicina se llama una segunda filosofía. Una y otra disciplina reclaman para sí todo el hombre, pues por la filosofía se curan las almas y por la medicina los cuerpos”.

Cuando se léen esas sentencias y se reflexiona que quien las escribió fue San Isidoro de Sevilla, (*Isidoros Hispalensis*) por quien sus contemporáneos y sucesores sintieron tan profunda admiración que lo consideraron como el último de los Padres de la Iglesia, se comprende por qué fué grande su repercusión en la Medicina, y cómo no exageramos quienes ahora la hacemos resaltar. El espíritu isidoriano repercutió en la Europa cristiana a través de sus discípulos, desde los inmediatos, como San Braulio, pasando por Beda, Teódulo, Alcuino, el monacato medioeval, hasta el año 1000, cuando el Papa Silvestre II, le hacía cruzar el milenio después que como Gilberto de Aurillac se había empapado no sólo de arabismo sino de isidorismo en las cátedras de Vich. Y su eco no se extingue sino con el Renacimiento medioeval después del siglo XII.

Aunque ahora me separe del tema principal, no puedo menos que recordar la definición dada por San Isidoro a la ciencia sanitaria:

“Medicina es la disciplina que se ordena a proteger el cuerpo o restaurar la salud; su materia son las enfermedades y las heridas”.

“A ella pertenecen no solamente los remedios que emplean los que ejercen la medicina, que propiamente se llaman médicos, sino también la comida, bebida y manera de vestir; en una palabra, todo lo que sea defensa y protección del cuerpo contra las heridas y agentes exteriores”.

Porque ella revela una vez más la sagacidad de la inteligencia de San Isidoro, que ha entendido profundamente a Hipócrates y ha volado por sobre la *Medicina individualista* y casi puramente curativa que ha prevalecido en el mundo occidental después del siglo XV, para colocarse de una vez en este siglo XX de la *Medicina social*, cuando nuestra ciencia vuelve a ser la ciencia de la *defensa*, el *fomento* y la *restitución de la salud*, según la hemos definido y la practicamos en Venezuela, para adherirnos así a la concepción medical de nuestro tiempo.

El historiador de la medicina, lo mismo que todo historiador, tiene el derecho, y quizás está en el deber, de explicar o de intentar una explicación para los hechos que describe. En nuestro asunto, hemos procurado explicarnos el fenómeno *precocidad* de la medicina religiosa española, y también el fenómeno de su frustración. Lo primero está en relación con lo que me he permitido designar como la *trashumancia* de la cultura europea occidental en los siglos inmediatos a la invasión y destrucción del Imperio romano por las tribus bárbaras germánicas.

En efecto, la presión sobre las fronteras europeas central y asiática mesopotámica del Imperio romano fué en aumento desde el siglo IV y venció toda resistencia en el siglo V. Pero mientras la porción oriental del fraccionado imperio se mantiene, con capitalidad en Constantinopla, y resiste hasta mediados del siglo XI, la occidental sucumbe ante las invasiones bárbaras, que se suceden como olas, al extremo de que la misma Roma es sitiada tres veces por Alarico, rey o jefe de los Visigodos, quien la toma y saquea el 410; atropello que repite el 450 Gaiseric, jefe del efímero dominio que los Vándalos establecieron en la feraz provincia de Africa desde el 435.

España y la Galia habían sido devastadas por los Alanos, los Vándalos, los Suevos, los Burgundios, los Visigodos (retirados de Italia por su jefe Ataulfo, sucesor de Alarico), y por los Francos.

Diversos y transitorios *reinos* se ven aparecer y desaparecer entre los siglos V y VI; el Ostrogodo de Teodorico en Italia, asentado en Ravena; el de los Vándalos en Africa; el de los Suevos en el noroeste de España (Galicia); el de los Visigodos, primero en el sur de Galia, con capitalidad en Tolosa, y luego en la Península ibérica, con Toledo como centro; el de los Francos en la Galia; los Burgundios, en el oriente Galo; los Lombardos, en el norte de Italia. De todos esos reinos, solamente habría de perdurar el de los Francos, que mezclados a los galoromanos darán conformación y nombre a la *Francia*, sustituto desde entonces de la Galia primitiva.

A fines del siglo V y comienzos del VI, entre el 455 y el 526, el caudillo ostrogodo Teodorico logró restablecer el orden

romano desde Ravena, en donde tuvo colaboradores de la talla de Boecio (480-525), y Casiodoro (490-580), cuyos nombres simbolizan entonces la cultura antigua. En el deseo de salvarla, Severino Boecio traduce del griego al latín a Aristóteles (*las Categorías, De Interpretatione*) y compone una Enciclopedia del saber greco-romana. En la cárcel a donde lo lanzó la intriga política y poco antes de ser decapitado el 425, compuso su *Consolación por la Filosofía*. Casiodoro, patricio romano, luego de retirarse de la política se adhirió a la recién constituida orden monacal de San Benito, fundó un monasterio en sus propiedades calabresas de Vivarium, cerca de Squillace, y le legó su extensa biblioteca, a la vez que compone sus *Instituciones (Institutiones divinarum et saecularum litterarum)*, compendio también de las siete artes llamadas liberales.

“Cuando desaparece Teodorico, es España la que toma el estandarte de la cultura, durante el Reino Visigótico; y San Isidoro de Sevilla (560-636), la figura cumbre de la sabiduría coetánea. De nuevo se palpa el esfuerzo para salvar la cultura antigua en su monumental enciclopedia, las Etimologías, que lo resumen todo, y en la estructuración del plan de estudios para sus conventos y escuelas, que continúan la tradición romana, la de Boecio y Casiodoro, y se expresan en su *trivium* (gramática, retórica, dialéctica) y su *cuadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música)”.

“Al caer el reino visigótico español ante el ímpetu juvenil de la Media luna invasora, es en el Reino de los francos, convertido en Imperio por Carlo Magno, donde habría de continuar la cultura romana llevada desde España por los discípulos de Isidoro; y desde Irlanda, Britania y Escocia, por los sucesores de San Patricio, de San Agustín de Canterbury y los discípulos del venerable Beda (673-735), el gran enciclopedista del siglo VIII. Es en el curso de este siglo cuando en el Imperio Carolingio se fundan y organizan las *escuelas catedralicias*, en las que se enseñaban aquellos *trivium y cuadrivium*, compendio del acervo cultural de aquella época.

“La última etapa de esta *trashumancia* cultural corresponde a la corte de los monarcas germánicos de Sajonia, desde Otón I, (936-937), que trata de restablecer el Imperio carlingio y funda

el *Sacro Imperio Romano-germánico*; su hijo Otón II (973-983), y su nieto Otón III, (983-1002): es el *Renacimiento otoniano o sajón*, influenciado ya directamente por la cultura bizantina, cuyo primordial agente fué la esposa de Otón III, Teofana, hija del Emperador de Bizancio, Romano II. Con esta cultura, en que se mezclan lo medioeval europeo estricto y lo bizantino, termina la Alta Edad media y comienza el 2º período de la época: el bajo Medioevo" (5).

Conforme a la lógica histórica, y puesto que el monacato occidental mejor organizado es el de los benedictinos, cuya orden se inicia durante el período estrogodo de la trashumancia cultural, es en Italia y entre los benedictinos donde debió comenzar la medicina religiosa del alto Medioevo.

San Benito, en efecto, vivió entre el 480 y el 547, y Teodorico el Grande, fundador del reino ostrogodo italiano, se desenvuelve entre el 455 y el 526. Casiodoro vivió entre el 490 y 580. Recuerdo esos tres nombres, que junto al de Boecio, constituyen una brillante tetralogía de lo que fué también un período brillante en los comienzos de la alta Edad media. Pero debo advertir que San Benito no estimuló directamente los estudios médicos, ya que su idea al fundar su orden era ante todo la de preparar soldados, o mejor, predicadores y ejemplificadores de la fé cristiana. Sí recomienda que se atienda a los huéspedes, para el servicio de enfermos no tiene en mientes sino a los propios monjes (6). Es por éso que la gloria derivada de la obra cultural de los benedictinos ha de atribuirse en realidad a Casiodoro, quien, más mundano y político que San Benito, aconsejó a los monjes de su Convento prepararse con más amplitud para la empresa, y desde el primer momento puso a su disposición su rica biblioteca. Y es el espíritu de Casiodoro lo que va a repercutir entre los benedictinos de la Europa central, primeras fuerzas culturales de la Orden. La continuidad histórica no está sin embargo, en los benedictinos italianos, precisamente

---

(5) Zúñiga Cisneros, M.: *Manual de Historia de los Hospitales*, 2º edic., Caracas, 1954. (*En Rev. de la Soc. Venez. de Hist. de la Med.*, vol. II, N° 4, Caracas, 1954).

(6) Véase la *Regla XXXVI* de San Benito: *De infirmis fratribus*.

por obra y gracia de la trashumancia cultural, porque el reino de Teodorico no vino a ser sino uno de tantos reinos efímeros de los fundados por los bárbaros en los primeros siglos de la invasión; y ya para el 569 llegan otros bárbaros a Italia, los *longobardos*, que el año 577 destruyeron a Montecasino y el 601 a Subiaco. Y como aquél no es reconstruido sino en el siglo VIII, entre el 717 y 730 (7), la obra cultural del foco primitivo benedictino ha sido nula por lo menos durante dos o tres siglos, pues que como refugiados en la corte papal no podían tener la misma fuerza creadora que en sus propios monasterios; lo que no impidió que se hicieran sentir desde Roma en las Islas Británicas.

Mientras los longobardos destruyen el culto Reino estrogodo y se empeñan en la obra de su propia culturización, la trashumancia cultural ha pasado al Reino visigótico español, gracias a la presencia de un clero cristiano altamente ilustrado, entre cuyos representantes figuran precisamente los prelados antes citados: Pablo, Masona, Isidoro de Sevilla, interesantes especialmente para la historia de la Medicina por haberse ellos mismos interesado de manera especial en nuestra ciencia.

La trashumancia cultural explica por qué no fué esa medicina religiosa española la que se continuara en las Islas británicas y en el Continente después del siglo VII: el Reino visigótico fué aplastado por la invasión musulmana del 711. Entre tanto, en las Islas se había desarrollado una gran cultura entre los monjes, que la llevaron al Continente y la dilataron durante el período Carolingio de la trashumancia cultural. Pero no debemos olvidar que si España se vió frustrada en cuanto a la posibilidad que tuvo en sus manos de ser la creadora ciento por ciento de la Medicina religiosa del alto Medioevo, no por ello se quedó sin participar en el fenómeno, pues los monjes irlandeses y los carolingios recibieron a la vez la influencia de Casiodoro y la de Isidoro de Sevilla. Y en la Corte carolingia, una de sus brillantes figuras fué el español Teódulo, discípulo del Obispo sevillano, además de tantas figuras y medios indirectos de influencia a que aludimos más arriba.

---

(7) Véase: Schmitz. Philibert: *Histoire de l'Ordre de Saint Benoit*, tomo II, pág. 207. Edit. Maresous, 1947.

Ahondando más en este proceso histórico, sería interesante indicar los orígenes mismos de la ilustración en el clero español y en el clero de las Islas británicas. El primero, desde luego, no parece tener ninguna relación fuerte con los benedictinos; y en cambio, parece muy claro el hilo que lo une a la cultura de los cristianos orientales, ya que los obispos Pablo y Masona eran griegos de origen; San Isidoro era hijo de griegos; y todavía en esta época existía un comercio entre la España visigótica y el Imperio oriental, que llevaba las transacciones no solamente al Levante peninsular sino a la propia Extremadura, a la misma ciudad de Mérida, siguiendo el río Guadiana.

En el origen de la cultura de las Islas británicas está la influencia benedictina y romana, con San Agustín de Canterbury; la de la Galia romana, con San Patricio, quien, nacido en Britania, y muerto el 461, prisionero y esclavo en Irlanda, logró escapar, se ilustró y se hizo monje en los conventos del Sur de la Galia. Desde allí regresó a predicar en la Isla Verde, en donde, con frecuentes riesgos de la vida, catequizó a los celtas irlandeses. Recordemos de paso que uno de sus sucesores, San Columbano el mayor, muerto en 597, introdujo la fé entre las tribus celtas del Norte de la Isla, los *Scotos* (escoceses), y luego entre los Pictos (habitantes entonces del norte de Britania; y que otro San Columbano, (San Columbano el menor, 543-615) se trasladó el 583 al entonces anarquizado reino franco, y vino a ser el impulsor de ese movimiento de reconquista cultural del Continente por los monjes insulares. Es muy probable que el espíritu medical en estos monjes irlandeses arrancó de Casiodoro y de San Isidoro de Sevilla. Pero también allí se sintió la influencia directa de la Grecia inmortal a través del obispo Teodoro, quien vivió entre el 602 y el 690, era natural de Tarso, fué arzobispo de Canterbury en la segunda mitad del siglo VII, y en unión de su sabio colaborador, el monje africano Hadriano, fundó una escuela claustral según el modelo italiano de Casiodoro, a la cual hacía llegar manuscritos desde Italia. Teodoro fué maestro de Beda y de Juan de Beverly, distinguida figura medical de la Iglesia cristiana inglesa.

Si las líneas anteriores trataron de describir una *frustración* en la historia medical española, las que siguen se proponen

destacar un éxito sin embargo no muy bien conocido o entendido en todos los países occidentales: me refiero a la influencia española en la evolución de los hospitales para la época del Renacimiento.

Hasta donde alcanzan mis lecturas, la idea *hospital* tuvo su primera realización en el Indostán, hacia el siglo V antes de Cristo y por inspiración del propio Buda, quien ordenó se proveyera un médico por cada 10 aldeas y se erigieran hospitales para pobres y lisiados. El Rey Azoka en el siglo VII antes de Cristo le dió gran impulso a ese tipo de establecimientos, lo que estaba de acuerdo con sus sobresalientes cualidades de gobernante progresista.

Pero esa *idea* no parece haber tenido ninguna repercusión en Occidente, en donde el *Hospital*, tal como ahora lo concebimos en parte, fué una creación de la Roma imperial, en particular como instituciones castrenses: los *Valetudinaria* escalonados en los puestos fronterizos, tales como el de *Carnentum*, cerca de Viena, el de Neuss, (el latino *Novaesium*) y el de *Vetera*, (actual Xanten), Alemania), muy bien descrito y reconstruído en la maqueta que se exhibió en la Feria Augusta de la Romanidad en 1934, el cual formaba parte de los edificios del *castrum* que servía de alojamiento a las legiones *V Alauda* y *XV Primigenia*. Aclaremos en seguida que los hospitales romanos no fueron *hospitales generales*, en el sentido de admitir toda clase de pacientes, pues estaban destinados a determinados grupos sociales: los militares, los gladiadores y los esclavos. La realización de la idea *Hospital* en el sentido actual de institución que debe recibir toda clase de pacientes, en primer término a los más necesitados, es obra del cristianismo de los primeros siglos, y con toda seguridad desde el siglo IV en adelante.

En su creación intervinieron, según es bien sabido, la madre del Emperador Constantino, Santa Elena; cristianos ricos, como Samprón y Eubule, y muchos de los Padres de la Iglesia, entre quienes debemos recordar, por su destacada actuación en el campo existencial, al obispo de Caesárea de Capadocia, San Basilio, fundador de aquella otra "ciudad fuera de la ciudad" que mereció el nombre de "Ciudad de la caridad", y que el pueblo denominó con justiciera precisión la *Basilias*. Ese movimiento

hospitalario irradió también hacia el Occidente, y es muy pujante en los siglos IV y V de nuestra era. Volvamos a recordar que Masona erigió el hospital de Mérida hacia el 580.

Durante los períodos más críticos de la alta Edad media, la institución hospitalaria sufrió las consecuencias de la inestabilidad y se mantiene muy penosamente a la sombra de catedrales y conventos. Pero al doblar el año mil, y en particular durante los siglos XII y XIII, se produce un nuevo auge de los hospitales, al cual contribuyen muchos factores, pero es de gran importancia el entusiasmo de las diversas órdenes y grupos religiosos que se forman para entonces.

Como no pretendemos hacer aquí una historia de los hospitales, limitémosnos a recordar solamente a la influencia ejercida en aquel sentido por la *Hermandad del Espíritu Santo*, fundada el año 1170 por Guido de Montpellier: y porque ese movimiento de hospitales del Espíritu Santo, que ya en su primer siglo tenía fundaciones en la mayor parte de Europa, y es suya la gloria de haber incorporado el primer Hospital del Nuevo Mundo (el de *San Nicolás de Bari*) en Santo Domingo, erigido entre 1501 y 1508), tiene semejanza con el que vamos a recordar y que motiva esta parte de nuestro escrito.

En efecto, en el siglo XV y siguientes se nota un nuevo incremento del movimiento hospitalario, pero solamente en los Estados cristianos europeos; pues en los Estados protestantes, y particularmente en Inglaterra, ésta es una época bastante sombría. Como consecuencia de la reforma religiosa, hay un gran retraso en Inglaterra durante el siglo XVI, ya que la mayoría de los hospitales allí, lo mismo que en otros países, eran instituciones eclesiásticas, las que fueron absorbidas por el Estado. Todavía para 1710, 23 de los principales Condados ingleses carecían de hospitales generales, y los enfermos pobres habían de caminar muchos kilómetros hasta Londres para encontrar solamente tres hospitales.

La situación es completamente diferente en el mundo católico. Un gran impulso a la institución hospitalaria, semejante a lo que ocurrió en el siglo XII, se debe ahora a la orden de *San Juan de Dios*, creada a impulsos del esclarecido Juan Ciudad

Suárez, nacido en Monte Mayor el nuevo, en Portugal, el 8 de mayo de 1495; luego soldado entre los tercios españoles, vino a parar a Granada, a vender libros e imágenes en la Puerta Elvira, hasta el día en que le ataca un arrebató místico mientras oía uno de los elocuentes sermones de San Juan de Avila en la ermita de San Sebastián. De allí sale en carrera por las calles desgarrando sus vestidos, gritando su condición de pecador y seguido de un grupo que le insulta y le maltrata, hasta que cae agotado y sin sentido. En el Hospital de Dementes, donde le retienen 9 meses, palpa en su propia carne la deficiencia de la institución, y en cuanto se vió libre funda su *primer Hospital* en una casa destartalada, que alquila y mantiene cortando y vendiendo haces de leña. Tampoco hemos de entrar en detalles sobre la obra de San Juan de Dios, muy bien historizada y conocida entre los españoles, cuyos son la mayoría de los trabajos de que me he valido para los párrafos dedicados a San Juan de Dios en mi "Manual de Historia de los Hospitales". Sea suficiente recordar que un siglo después de su iniciación, 236 establecimientos de San Juan de Dios se hallan desparramados por la Europa católica, por América, Asia y Oceanía. Y que la obra de San Juan de Dios, lo mismo que la de Guido de Montpellier, no es de sólo cantidad, sino también de calidad; pues los asilados no se almacenan allí sin discriminación, ya que se les distribuía en salas especiales para heridos, febricitantes, paralíticos, enfermos mentales; que, al contrario de lo que sucedía para la época en otros hospitales, allí cada paciente tenía camas y ropas individuales. "Solamente este detalle", dice el escritor francés André Chagny (8), "significaba un inmenso progreso para la vida hospitalaria. Debemos, pues, saludar a San Juan de Dios como el iniciador del Hospital moderno, metódicamente organizado; de la Casa de Salud que tiene fé en la posibilidad de mejorar, si no de curar, las enfermedades y las anomalías mentales". El mismo escritor afirma que el Hospital de la Ca-

---

(8) Chagny, André: *L'Ordre hospitalier de Saint-Jean de-Dieu en France*. Maurice Lescuyer et fils. Lion, 1951. Véase también, como estudio y como fuente bibliográfica, a: Clavijo y Clavijo, Salvador: *La obra de la Orden hospitalaria de Sn. Juan de Dios*. Madrid, 1950. Artes gráficas "Arges". Idem: *La Orden Hospitalaria de San Juan de Dios en la Marina de Guerra de España*. Madrid, 1950. Tipografía artística.

ridad (*La Charité*), fundado en París a partir de 1606 por iniciativa de la reina María de Médicis, y administrado por los Hermanos de San Juan de Dios, ofrecía un marcado contraste en su organización e higiene con el afamado y antiguo *Hotel-Dieu* de la capital francesa, con sus varios enfermos en cada cama y sus salas atiborradas de enfermedades heterogéneas.

Sabemos que no tiene importancia para los historiadores españoles, ni para todos los europeos, lo que hemos venido exponiendo. Mas, y como yo he venido dedicando desde hace años buena parte de mi tiempo de estudios históricos medicales a la evolución de los hospitales, conservo la impresión de que no es común en los historiadores destacar la obra de San Juan de Dios en la forma que le corresponde, obra que en ningún caso es inferior a la muy bien conocida de Guido de Montpellier. Todavía más: puesto que en la actualidad en la América española y portuguesa sufrimos, y ello no para mal, la influencia de la medicina y de la cultura anglo-americanas, es criterio entre los oficinantes sanitarios de nuestros países compartir la opinión triste que sobre la situación hospitalaria del mundo occidental en los siglos renacentistas, y a excepción de Italia, sostienen los anglo-sajones, porque malos fueron esos siglos para la institución en Inglaterra y en la Alemania protestante. Tiene, de consiguiente, algún interés el empeño que nosotros hemos puesto en corregir esa impresión, ya que así se cumple con el deber del historiador de exponer los hechos en relación con todos los países, cuando procede en función de historiador universal.

Caracas, Venezuela, septiembre 11 de 1956.

## RESUMEN

Se recuerda una frustración y un éxito de la historia médica española.

La medicina religiosa medioeval está íntimamente relacionada con los conventos benedictinos. Sin embargo, antes de que estos floreciesen como centros científicos, ya la medicina religiosa había gozado de esplendor en España visigótica, que fué en realidad la pionera histórica en Europa occidental y en la alta Edad media de este tipo de medicina europea.

Representativos de la medicina religiosa española alto medioeval son los obispos emeritenses Pablo y Masona y el obispo de Sevilla, San Isidoro.

El concepto que San Isidoro tiene de la medicina es sorprendentemente moderna, pues la considera en verdad como la ciencia de la salud y no exclusivamente la ciencia de la enfermedad.

La invasión árabe del siglo VIII y la consecuente destrucción del Reino visigodo español, podría explicar por que no fué la medicina religiosa española, sino la de los benedictinos la que se extendiera al final de la alta Edad media desde las Islas británicas, por Francia, Región del Rhin, Suiza e Italia.

El éxito a que se alude es la participación de España en el desarrollo hospitalario del Renacimiento; fenómeno propio de los estados cristianos europeos; pues los estados protestantes, y particularmente Inglaterra, tiene sobrados motivos para considerar ésa como la *época sombría* de su historia hospitalaria.

Aquel auge de los hospitales renacentistas es en gran parte debida a la Orden de los hermanos hospitalarios de San Juan de Dios, cuyo movimiento recuerda el similar de la baja Edad media encabezado por Guido de Mompellier.

Sin embargo, en algunos países americanos, muy influenciados hoy por la medicina de los Estados Unidos, no es muy bien conocido este hecho, y se tiende a aceptar el criterio inglés de la *época sombría* como si hubiese sido general. De ahí la oportunidad de la rectificación.